

servicio. En la hora, le dije; pero me has de dar de almorzar, que tengo mucha hambre.

El pobre lo hizo así: me quedé con él, y cátenme aquí ya de aprendiz de sacristan.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 AÑO 1925 MONTERREY, NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 AÑO 1925 MONTERREY, NUEVO LEÓN

CAPITULO VIII.

En el que se refiere cómo Periquillo se metió á sacristan: la aventura que le pasó con un cadáver: su ingreso en la cofradía de los mendigos y otras cosas tan ciertas como curiosas.

Si todos los hombres dieran al público sus vidas escritas con la sencillez y exactitud que yo aparecieran una multitud de Periquillos en el mundo, cuyos altos y bajos, favorables y adversas aventuras, se nos esconden porque cada uno procura ocultarnos sus deslices.

Los pasages de mi vida que os he referido y los que me faltan que escribir, nada tienen, hijos míos, de violentos, raros ni fabulosos; son bastante naturales, comunes y ciertos. No solo por mi han pasado, sino que los mas de ellos acontecen diariamente á los Pericos encubiertos y vergonzantes. Yo solo os ruego lo que otras veces, estas es, que no leais mi vida por un mero pasatiempo, sino que de entre mis extravios, acaecimientos ridiculos, largas digresiones y lances burlescos procureis aprovechar las maximas de la solida moral de que van sembradas: imitando la virtud donde la conociereis, huyendo el vicio, y escarmentando siempre en las cabezas de los malos castigados. Esto sera saber entresacar el grano de la paja, y de este modo leereis no solo con gusto sino con fruto el presente capitulo y los que siguen.

Acomodado de sota-sacristan con un corto salario y un escaso plato que me proporcionó mi patron, comencé á servirle en cuanto me mandaba.

No me fué difícil agradarle, porque un muchacho de doce años hijo de él, me aleccionó no solo en mis obligaciones, sino en el modo de tratar mis percañes; y así pronto aprendí á escuchar las chorradas de las velas y aun cabos encendidos para venderlos: á sisar el vino á los padres, á importunar á los novios y á los padrinos de bautismo para que me diesen las propinas, y á hacer mayores estafas y robos de los que lo formal de menor escrupulo.

En poco tiempo fui maestro, y ya mi gefe

descuidaba conmigo enteramente. Una virtud y un defecto mas que llevé al oficio, se me olvidaron á poco tiempo de aprendiz.

La virtud era un aparente respeto que conservaba á las imágenes y cosas sagradas, y el defecto era el mucho miedo que tenia á los muertos; pero todo se acabó. Al principio quando pasaba por delante del sagrario hincaba ambas rodillas, y quando me levantaba de noche á atizar la lámpara temblaba de miedo, y hasta mi sombra y el ruido de los gatos se me figuraban difuntos que se levantaban de sus sepulcros. Pero despues me hice tan irreverente, que quando pasaba por frente del tabernaculo me contentaba, quando mas, con dar un brinquillo á modo de indio danzante, y llegaba con mi sacrilega osadía hasta pararme sobre el Ara.

Así como al augusto Sacramento, á las imágenes, vasos, y paramentos sagrados les perdí el respeto con el trato, así les perdí el miedo á los muertos despues que los empecé á manjar con confianza para echarlos á la sepultura.

Mi compañero el aprendiz me sirvió de mucho porque quando yo entré al oficio, ya él tenia adelantado bastante, y así me hizo atrevido é irreverente: bien que yo en recompensa lo enseñé á robar de un modo ó dos que no habian llegado á su noticia.

El primero fué el de quedarse con un tanto á proporción de lo que colectaba para misas: y el segundo, á despojar á los muertos y muertas que no iban de mal pelage á la hoya.

Una noche por estas gracias me sucedió una

aventura que si no me costó la vida, por lo menos me costó el empleo.

Fué el caso, que sepultando una tarde yo y mi compañero el muchacho a una señora rica que habia muerto de repente, al meterla en el cajon advertí que le relumbraba una mano que se le medio sacó de la manga de la mortaja. Al instante y con todo disimulo se la meti, echandola encima un tompiate de cal segun es costumbre. Mientras que los acompañados gorgorineaban y el coro les ayudaba con la música, tuve lugar de decirle al compañero: camarada, no aprietes mucho que tenemos despojos y buenos. Con esto dando propiamente un martillazo en el clavo y ciento en el cajon, encerramos á la difunta en el sepulcro, cuidando tambien de no amontonar mucha tierra encima para que nos fuera mas fácil la exhumacion. El entierro se concluyó, y los dolientes y mirones se fueron a sus casas creyendo que quedaba tan enterrado el cadaver como el que mas.

Luego que me quedè solo con el sacristancillo le dije lo que habia observado en la mano de la muerta, y que no podia menos sino ser un buen cintillo que por un grosero descuido ú otra casualidad imprevista se le hubiese quedado.

El muchacho parece que lo dudaba, pues me decia: cuando no sea cintillo, esta es muerta rica y á lo menos ha de tener rosario y buena ropa; así no debemos perder esta fortuna que se nos ha metido por las puertas, y mas teniendo adelantado el trabajo de desclavar el cajon, pues los

clavos apenas agujerarian la tapa. Ello es que no es de perderse esta ocasion.

Resueltos de esta manera, esperamos que diesen las doce de la noche, hora en que el sacristan mayor dormia en lo más profundo de su sueño, y prevenidos de una vela encendida bajamos á la iglesia.

Comenzamos á trabajar en la manobra de sacar tierra hasta que descubrimos el cajon, el que sacamos y desclavamos con gran tiento.

Levantada la tapa, sacamos fuera el cadáver y lo paramos, arrimándose mi compañero con él al altar inmediato, poniéndolo de las espaldas sobre su pecho con mil trabajos, porque no podia ser de otro modo el despojo, en virtud de que el cuerpo habia adquirido una rigidez ó tiesura extraordinaria.

En esta disposicion acudí yo á las manos, que para mí era lo mas interesante. Saqué la derecha, y ví que tenia en efecto un muy regular cintillo, el que me costó muchas gotas de sudor para sacarlo, ya por no sé que temor que jamás me faltaba en estas ocasiones, y ya por las fuerzas que hacia, tanto para avndársela á tener al compañero, como para sacarlo el cintillo, porque tenia la mano casi cerrada y los dedos medio hinchados y muy encogidos; pero ello es que al fin me ví con él en mi mano.

Pasamos á registrar y ver el estado de la demás ropa, y observé que el compañero no se equivocó en haberla creído buena, porque la camisa era muy fina, las enaguas blancas lo mismo: tenia las de encima casi nueva sde fino cabo de China, un

ceñidor de seda, un pañuelo de cambray, un rosario con su medalla que me quedè sin saber de qué era, y sus buenas medias de seda.

Todo eso es plata, me decia mi camarada; pero cómo haremos para desnudarla, porque este diablo de muerta está mas tiesa que un palo?

No te apures, le dije, cójele los brazos y ábrese los, teniéndola en cruz, miétras que yo le desato el ceñidor que debe ser la primera diligencia.

Así lo hizo el compañero con harto trabajo, porque los nervios de los brazos apetecian recobrar el primer estado en que los dejó la muerta.

La difunta era medio vieja y tenia una cara respetable; nuestro atrevimiento era punible; la soledad y oscuridad del templo nos llenaba de pavor, y así procurábamos apresurar el mal paso cuanto nos era dable.

Para esto me afanaba en desatar el ceñidor que estaba anudado por detrás, pero tan ciegamente que por mas que hacia no podia desatarlo. Entonces le dije al compañero que yo le sujetaría los brazos, mientras que él lo desataba como que estaba mas cómodo.

Así se determinó hacer de comun acuerdo. Le afiancé los brazos, levantó mi compañero la mortaja y comenzó á procurar desatarla; pero no conseguia nada por la misma razon que yo.

En prosecucion de su diligencia se cargaba sobre el cadáver, y yo lo apretaba contra él porque ya me lo echaba encima, y como yo estaba abajo de la tarima me vencia la superioridad del peso, que es decir que teniamos al cadáver en prensa.

Tanto hizo mi compañero, y tanto apretamos á la pobre muerta, que le echamos fuera un poco de aire que se le habia quedado en el estómago: esto conjuro ahora que seria; pero en aquel instante y en lo mas riguroso de los apretones solo atendimos á que la muerta se quejó y me hechó un tufu tan asqueroso en las narices, que aturdió con él y con el susto del quejido, me descoyunté todo y le solté los brazos que recobrando el estado que tenian, se cruzaron sobre mi pescuezo á tiempo que un maldito gato saltó sobre el altar y tiró la vela dejandonos atenidos á la triste y opaca luz de la lámpara.

Excusado parece decir que con tantas casualidades, viniéndose el cuerpo sobre mí, y acobardándome imponderablemente, caí privado bajo del amortajado peso á las orillas de su misma sepultura.

El cuitado ayudante cuando oyó quejar á la señora muerta, vió que me abrazaba y caía sobre mí y al feroz gato saltando junto de él, creyó que nos llevaban los diablos en castigo de nuestro atrevimiento, y sin tener aliento para ver el fin de la escena, cayó tambien sin habla por su lado.

El susto no fué tan trivial que nos diera lugar á recobrarlos prontamente. Permanecimos sin sentido tirados junto á la muerta hasta las cuatro de la mañana, hora en que levantándose el sacristan y no encontrándonos en su cuarto, creyó que estariamos en la sacristia previniendo los ornamentos para que dijera misa el señor cura, que era madrugador.

Con este pensamiento se dirigió á la sacristia,

y no hallándonos en ella, fué á buscarnos á la iglesia. ¡Pero cual fué su sorpresa cuando vió el sepulcro abierto, la difunta exhumada y tirada en el suelo acompañada de nosotros que no debamos señales de estar vivos! No pudo menos sino dar parte del suceso al señor cura, quien luego que nos vió en la referida situación, hizo que bajaran sus mozos y nos llevaran adentro procediendo en el momento á sepultar el cadáver otra vez.

Hecha esta diligencia, trató de que nos curaran y reanimaran con álcalis, ventosas, ligaduras, lana quemada, y cuanto conjeturó seria útil en semejante lance.

Con tantos auxilios nos recobramos del día mayo y tomamos cada uno un pocillo de chocolate del mismo cura, el que luego que nos vió fuera de riesgo nos preguntó la causa de lo que habíamos padecido, y de lo que habia visto.

Yo, alvirtiendo que el hecho era innegable, confesé ingenuamente todo lo ocurrido, presentándole al cura el cintillo, quien luego que oyó nuestra relacion, tuvo que hacer bastante para contener la risa; pero acordándose que él era responsable de estos desacierto, encargó el castigo de mi compañero á su padre, y á mí me dijo que me mudara en el día, agradeciéndole mucho que no nos enviara á la cárcel, donde me aplicarían la pena que señalan las leyes contra los que quebrantan los sepulcros, desentierran los cadáveres y les roban hábitos, alhajas ú otra cosa.

Esta pena, decia el cura, sepa vd para que otra vez no incurra en igual delito, es que si las se-

pulturas se quebrantan con fuerza de armas, tienen los infractores pena de muerte; y si es sin ellas clandestinamente, como ahora, deben ser condenados á las labores del rey.

Pero yo que caritativamente quiero excusarlo de esta pena, no puedo mantenerlo en mi curato; porque quien se atreve á un cadáver por robarle un cintillo, con más facilidad se atreverá á despojar á una imagen ó un altar mafiana que otro día. Con que váyase vd. y no lo vuelva á ver en mi parroquia. Diciendo esto, se retiró el cura: á mi compañero le dió su padre una buena zurra de latigazos, y yo me marché para la calle antes que otra cosa sucediera.

Volví á tomar mi acostumbrado trote en estas aventuras desventuradas. Los truquitos, las calles, las pulquerías y los mesones eran mis asilos ordinarios y no tenia mejores amigos ni camaradas que tahures, borrachos, ociosos, ladroncillos y todo género de *léperos*, pues ellos me solian proporcionar algun bocado frio, harta bebida y ruinas posadas.

Cuatro meses permanecí de sacristan haciendo mis estafillas con las cuales más que con mi ratero salario, compré tal cual miserable trapillo que dí al traste á los quince dias de mi expulsion.

Me acuerdo que un dia no teniendo que comer encontré á un amigo frente de la Catedral por el portal de las Flores, y pidiéndole medio real para el efecto me dijo: no tengo blanca, estoy en la misma que tú, y queria que me llevaras á almorzar á la Alcaicería, que segun he oido á la vieja

bodegonera allá te tiene cuanto há guardados dos ó tres reales. En verdad que así es, le dije; pero con el gusto de mis bonanzas se me habian olvidado. Mucho me admiro de la buena conciencia de la bodegonera; si otra fuera, ya eso estaba perdido.

En esto nos faimos á comer como pudimos, y concluida la comida se fué mi amigo por su lado y yo por el mio á seguir experimentando mis trabajos como ántes.

Ya hecho un piltro, sucio, flaco, descolorido y enfermo en fuerza de la mala vida que pasaba, me hice amigo de un andrajoso como yo, á quien contándole mis desgracias, y que no me habia valido ni acogerme á la iglesia, como si hubiera sido el delinente mas alevoso del mundo, me dijo: que él tenia un arbitrio que darme, que cuando no me proporcionara riquezas, á lo menos me costaba nada emprenderlo: que era fácil y no yoos vivian de él: que yo estaba en estado de abrazarlo, y que si queria, no me arrepentiria en ningún tiempo.

Pues ¿no he de querer, le respondí, si ya estoy que ladro de hambre y los piojos me comen vivo! Pues bien, dijo el deshilachado, vamos á casa, que á las nueve van llegando mis discípulos, y despues que cene vd. oirá las lecciones que les doy, y los adelantamientos de mis alumnos.

Así lo hice. Llegamos á las ocho de la noche á la casita que era un cuarto de casa de atoleras por allá por el barrio de Necatitlan, muy indecente, sucio y hediondo. Allí no habia sino un brasero

de barro que llaman anafe, cuatro ó seis petates enrollados y arrimados á la pared, un escaño ó banco de palo, una estampa de no sé qué santo en una de las paredes con una repisa de tejamanil, dos ó tres cajetes con orines, un banquito de zapatero, muchas muletas en un rincon, algunos tomprates y porcion de ollitas por otro, una tabla con parches, aceites y unguentos y otras iguales baratijas.

De que yo fuí mirando la casa y el fatal ajuar de ella, comencé á desconfiar de la seguridad del proyecto que acababa de indicar el traposo, y él, conjeturando mi desconfianza por la mala cara que estaba poniendo, me dijo: señor Perico, yo sé lo que le vendo. Esta vivienda tan ruin, estos petates y muebles que ve, no son tan despreciables ó inservibles como á vd. le parecen. Todo esto aynda para el proyecto, porque... A este tiempo fueron llegando de uno en uno y de dos en dos, hasta ocho ó nueve vagabundos, todos rotos, sucios, emparchados y dados al diablo; pero lo que mas me admiró fué ver que conforme iban entrando arrimaban unos sus muletas á un rincon y andaban muy bien con sus dos piés: otros se quitaban los parches que manifestaban, y quedaban con su cutis limpio y sano: otros se quitaban unas grandes y pobladas barbas y cabelleras canas con las que me habian parecido viejos, y quedaban de una edad regular: otros se enderezaban ó descorbaban al entrar, y todos dejaban en la puerta del cuartito sus enfermedades y males, y aparecian los hombres y aun una mujer que en

tró, muy útiles para tomar un fusil, y ella para moler un almud de maíz en un metate.

Entonces, lleno de la mas justa admiracion, le dije á mi desastrado amigo: ¿qué es esto? ¿Es vd. algun santo cuya sola presencia obra los milagros que yo veo, pues aquí todos llegan cojos, ciegos, maicos, tullidos, leprosos, lecrépitos y lisiados; y apenas pisan los umbrales de esta asquerosa habitacion, cuando se ven restituidos no solo á su antigua salud, sino hasta remozados, maravilla que no la he oido predicar de los santos mas ponderados en milagros.

Rióse el desfilfarvaño con tantas ganas, que cada extremo de su abierta boca besaba la punta de sus orejas. Sus compañeros le hacian el bajo del mismo modo, y cuando descansaron un poco, me dijo el susodicho: amigo, ni yo ni mis compañeros somos santos ni nos hemos juntado con quien lo sea, y esto crealo vd. sin que lo juremos. Estos milagros que á vd. pasan no los hacemos nosotros, sino los fieles cristianos á cuya caridad nos atenemos para enfermar por las mañanas y sanar á la noche de todas nuestras dolencias. De manera, que si los fieles no fueran tan piadosos, nosotros ni nos enfermariamos ni sanariamos con tanta facilidad.

Pues ahora estoy mas en ayunas que antes, y deseo con mas ansias saber cómo se obran tantos prodigios, y cómo se pueden verificar en virtud de la piedad de los cristianos: y deseaba, añadió, que vd. me hiciera favor de no dejarme con la duda.

Pues amigo, me contesté el roto, á bien que

es vd. de confianza y le importa guardar el secreto. Nosotros ni somos ciegos, ni cojos, ni corcobalos como parecemos en las calles. Somos unos pobres mendigos que echando relaciones, multiplicando plegarias, llorando desdichas, y porfiando y moliendo á todo el mundo, sacamos mendrugos al fin. Comemos, bebemos (y no agua) jugamos, y algunos mantenemos nuestras apichicuaracas (1) como Anita. (Esta Anita era la trapientona rolliza y no muy fea que acababa de entrar con un chiquillo en brazos, masia (2) del patron ó del mendigo mayor, que era quien me ablara.) El modo es, proseguia el desastrado, fingirse ciegos, baldados, cojos, leprosos y desdichados de todos modos; llorar, pedir, rogar, echar relaciones, decir en las calles blasfemias y desatinos, é importunar al que se presente de cuantas maneras se pueda, á fin de sacar raja como lo hacemos.

Ya tiene vd. todo aquí lo milagroso del oficio y el gran proyecto que le afreí para no morir de hambre. Eso es menester no ser tontos, porque el tonto para nada es bueno, ni para bien ni para mal. Si usted sabe valerse de mis consejos comerá, beberá y hará lo que quiera, segun sea su habilidad, pues la paga será como su trabajo; pero si es tonto, vergonzoso ó cobarde, no tendrá nada.

Estos que vd. ve, á mí deben sus adelantos; pero saben hacer su diligencia. Ahora lo verá vd.

1 Con este nombre suele designarse la amiga ó mujer con quien se vive en amistad ilícita.—E.

2 Lo mismo que manceba, amiga ó barragana.—E.

En esto fueron todos dando sus cuentas en clase de conversacion, de lo que habian buscado en el día, y cada uno ensañó sus ollitas y tompiates llenos de mendrugos y sobras de los platos ajenos, à más de algunos realitos que habian juntado.

Llegó à lo último la dicha Anita, y sólo presentó cinco reales, diciendo: como este diablo de muchacho está curtido, apenas he comido hoy y he juntado esto poco: pero mañana me la pagará.

Admirado yo con esta relacion, traté de informarme de raíz cómo podía contribuir aquel tierro niño al oficio de los mendigos, y supé con el mayor dolor, que aquella indigna madre y desajudada mujer pellizcaba al pobre inocente cuando pedía limosna, à fin de oír mover à los fieles y excitar su caridad con la vehemencia de sus gritos.

No me escandalicé poco con semejante inhumanidad; pero advirtiéndome lo fácil y socorrido del oficio, disimulé cuanto pude, y me decidí à entrar de aprendiz desde aquella hora.

Era cosa célebre oír contar à aquellos tunantes los arbitrios de que se valian para sacar los medios de las faltriqueras más estreñidas. Unos decían que se fingian ciegos, otros insultados, otros asimplados, otros leprosos y todos muertos de hambre.

Mi amigo el jefe ó maestro de la cuadrilla me dijo: pues ve v.¿ Yo sí y quien les he dictado à cada uno de estos pobres el modo con que han de buscar la vida, y por cierto que ninguno está arre-

pentido de seguir mis consejos, contentándose con lo poco que ellos me quieren dar para pasar la ma, pues ya estoy jubilado y quiero descansar, porque he trabajado mucho en la carrera. Si vd. quiere seguirla, dígame cuál es su vocacion para habilitarlo de lo necesario. Si quiere ser cojo, le daremos muletas; si baldado ó tullido, su arrastradera de cuero: si llagado, parches y trapos llenos de aceites: si anciano décrépito, sus barbas y cabellera: si asimplado, vd. sabrá lo que ha de menester; y en fin, para todo tendrá los instrumentos precisos, entrando en esto los tompiates, ollas, trapos y bordones ó báculos que necesite. En inteligencia que ha de vivir con nosotros, no ha de ser zonzo para pedir, ni corto para retirar. se al primer desden que le hagan: ha de tener entendido que no siempre dan limosnas los hombres por Dios: muchas veces las dan por ellos y algunas por el diablo. Por ellos, cuando la dan por quitarse de encima à un hombre que los persigue dos cuabras sin temer sus excusas ni sus baldones; y por el diablo cuando dan limosna por quedar bien y ser tenidos por liberales, especialmente delante de las mujeres. Yo me he envejecido en este honroso destino, y sé por experiencia que hay hombres que jamás dan medio à un pobre sino cuando están delante de las muchachas à quienes quieren agradar, ya sea porque los tengan por francos, ó ya por quitarse de delante à aquellos testigos importunos, que acaso con su tenacidad les hacen mala obra en sus galanteos ó les interrumpen sus conversaciones seductoras.

Esto digo à vd. para que no se cansé al primer

«perdone» por «Dios» que le digan; sino que siga prosiga y persiga al que conozea que tiene dinero y no lo deje hasta que no le aflija su pitanza. Procure ser impertuno, que así sacará mendrugo. Acometa á los que vayan con mujeres antes que á los que vayan solos. No pida á militares, frailes, colegiales ni trapientos, pues todos estos individuos profesan la santa pobreza, aunque no todos con voto; y por último no pierda, de vista el ejemplo de sus compañeros, que él le enseñará lo que debe hacer, y las fórmulas que ha de observar para pedir á cada uno segun su clase.

Yo le di á mí nuevo maestro las gracias por sus lecciones, y le dije que mi vocacion era de ciego, pues consideraba que me costaria poco trabajo fingir una gota serena, y andar con un palo como á tontas, y tenia observado que ningun pobre suele comover á lástima mejor que un ciego.

Está bien, me contestó mi desaliñado director pero ¿sabe vd. algunas relaciones? ¡Qué he de saber, le respondí, si nunca me he metido á este ejercicio! Pues amigo, continuó él, es fuerza que las sepa, porque ciego sin relaciones es titulo sin renta, pobre sin gracia y cuerpo sin alma; y así es menester que aprenda algunas, como «la oracion del Justo Juez, el despedimento del cuerpo y del alma,» y algunos ejemplos é historias de los que abundan los ciegos falsos y verdaderos, las mismas que oirá vd. relatar á sus compañeros para que elija las que quiera que le enseñen.

Tambien es necesario que sepa vd. el orden de

pedir segun los tiempos del año y dias de la semana; y así los lunes pedirá por la Divina Providencia, por S. Cayetano y por las almas del purgatorio; los martes, por Sr. S. Antonio de Padua; los miércoles, por la Preciosa Sangre; los juéves por el Santísimo Sacramento; los viérnes, por los Dolores de María Santísima; los sábados, por la Pureza de la Virgen; y los domingos por toda la corte del cielo.

No hay que descuidarse en pedir por los santos que tienen mas devotos, especialmente en sus dias; y así ha de ver el almanaque para saber cuándo es S. Juan Nepomuceno, Sr. S. José, S. Luis Gonzaga, Santa Gertrudis, etc., como tambien debe vd. tener presente el pedir segun los tiempos. En semana santa pedirá por la pasion del Señor: el dia de Muertos por las benditas ánimas; el mes de Diciembre por Nuestra Señora de Guadalupe; y así en todos tiempos irá pidiendo por los santos y festividades del dia; y quando no se acuerde, pedirá por el santo del dia que es hoy, como lo hacen los compañeros.

Estas parecen frivolidades, pero no son sino astucias indispensables del oficio, porque con estas plegarias á tiempo, se excita mejor la piedad y devocion, y aflojan el medicillo los caritativos cristianos.

En esto se pusieron aquellos pillos á decir sesenta romances, y referir doscientos ejemplos y milagros apócrifos, y cada uno de ellos preñado de doscientas mil tonterias y barbaridades, que algunas de ellas podian pasar por heregias ó quando menos por blasfemias.

Aturdido me quedé al escuchar tantos despropósitos juntos, y decía entre mí: ¿cómo es posible que no haya quien contenga estos abusos, y quiénes les ponga una mordaza á estos locos? ¿Cómo no se advierte que el auditorio que los rodea y atiende se compone de la gente mas idiota y necia de la plebe, la que está muy dispuesta para impregnarse de los desatinos que estos desparraman en sus espíritus, y para abrazar cuantos errores les introducen por sus oídos? ¿Cómo no se reflexiona que estos espantos y milagros apócrifos que estos predicán, unas veces inducen á los tontos á una ciega confianza en la misericordia de Dios con tal que den limosna; otras á creer tal el valimiento de sus santos que se lo representan mas allá que el mismo Poder Divino, (1) y todas ó las mas, llenando sus cabezas de mentiras, espantos, milagros y revelaciones? Sin duda todo esto merece atención y reforma, y sería muy útil que todos los ciegos que piden por medio de sus relaciones, presentaran estas en los pueblos á los curas, y en la capital y demás ciudades á algunos señores eclesiásticos destinados á examinarlas, los que jamás les permitieran predicar sino la explicación de la doctrina cristiana: trozos históricos eclesiásticos ó profanos; descripciones geográficas de algunos reinos ó ciudades y cosas semejantes; pero cualesquiera cosas de estas, bien hechas, en buen verso y mejor ensayadas; y de ninguna manera se les dejará pregonar tanta fábula que nos venden con nombre de ejemplos.

F. 1. Los que hayan tenido la paciencia de atender á muchas relaciones de mendigos, sabrán que no hay aquí nada de falso.

Parece trivial mi reflexión, mas si se observa, el tiempo dirá el beneficio que de ella podría resultar al pueblo rudo, y los errores que impediría se propagasen.

En estas consideraciones me entretenía conmigo cuando me llamaron á cenar, de lo que no me pasó porque tenía hambre.

Sentámonos en rueda en un pstate y sin otro mantel que el mismo tule de que estaba teñido: nos sirvió la Anita un buen cazuelon de chile con queso, huevos, chorizos y longaniza: pero tan bien frito y sazonado que solo su olor era capaz de provocar el apetito mas esquivo.

Luego que dimos vuelta á la cazuela, nos trajó un calabazo ó uguage grande lleno de aguardiente de caña, un vaso y otra cazuela de frijoles fritos con mucho aceite, cebolla, queso, chilitos y aceitunas, acompañado todo del pan necesario.

Cada uno de nosotros habiendo su plato, y comenzó el calabazo á andar la rueda, y cuando ya estábamos alegres me dijo el capataz de los mendigos: ¿Qué le parece á vd., camarada, de esta vida? ¿Se la pasará mejor un conde? A fé que no, le contesté, y á mí me acomoda demasiado, y doy mil gracias á Dios de que ya encontré lo que he buscado con tanta ansia desde que tengo uso de razon, que era un oficio ó modo de vivir sin trabajar; porque yo es verdad que siempre he comido, si no ya me hubiera muerto; pero siempre. ¿Qué trabajo no me ha costado? ¿Qué vergüenzas no he pasado? ¿Qué amos imprudentes no he tenido que sufrir? ¿A qué riesgo no me he expuesto? ¿Qué lisonjas no he tenido que distri-

buir, y qué sustos y aún garrotazos no he padecido! Mas ahora, señores, ¡cuánta no es mi dicha! y quién no envidiará mi fortuna al verme admitido en la honradísima clase de los señores mendigos, en cuya respetable corporacion se come y se bebe tan bien sin trabajar! Se viste, se juega y se pasea sin riesgo: se disfrutan las comodidades posibles sin mas costo que desmenuzarse en cierta vergüencilla que no puede menos que ocuparme los primeros dias; pero vencida esta dificultad, que para mí no será cosa mayor, despues diablo como todos, y aleluya.

Yo, señor capitán y señores, ilustres compañeros, les doy mil y diez mil agradecimientos, suplicándoles me reciban bajo su poderosa proteccion, ofreciéndoles en justa recompensa no separarme de su preclara compañía el tiempo que Dios me concediere de vida, y emplearla toda en servicio de vuestra liberales personas.

Toda la comparsa soltó la carcajada luego que concluí mi desatinada arenga, y me ofrecieron su amistad, consejos é instrucciones. Se le dio otra vuelta al calabazo, y no tardamos mucho en verle el fondo así como se lo vimos á las cañoneras.

Nos fuimos á acostar en los petates, que ciertos que son camas bien incómodas, y mas, junto con el poco abrigo. Sin embargo, dormimos muy bien á merced del aguardiente que nos narcotizó, ó adormeció luego que nos tiramos á lo largo.

Al dia siguiente se levantó Anita la primera dejando dormida á su infeliz criatura: fué á traer atole y pambazos y nos desayunamos.

Luego que pasó el toscó desayuno, se fueron todos marchando para la calle con sus respectivas insignias. Yo me envolví la cabeza con unos trapos sucios me colgué un tompiate con una olla al hombro, tomé mi palo, un perrito bien enseñado para que me guiase y sali por mi lado.

Al principio me costaba algun trabajillo pedir, pero poco á poco me fui haciendo á las armas, y sali tan buer oficial, que á los quince dias ya comia y bebia grandemente, y á la noche traia seis, siete reales, y á veces mas á la posada.

Algun tiempo me mantuve á expensas de la piedad de los fieles mis amados hermanos y compañeros. De dia hacia yo muy bien mi diligencia, pero mejor de noche, pues como entonces no tenia gota de vergüenza, importunaba con mis ayes á todo el mundo con tan lastimosas plegarias, que pocos se escapaban de tributarme sus medicillos.

Una de estas noches estando parado junto á la santa imagen del Refugio pidiendo con la mayor afliccion, ponderando mi necesidad, y diciendole que no habia comido en todo el dia, aunque tenia en el estómago bastante alimento, y algunos tragos del de caña, pasó un hombre decente á quien le acometí con mis acostumbrados quejumbres, y él deteniéndose á escucharme me dijo: hermano, me siento inclinado á socorrerlo, pero no tengo dinero en la bolsa. Si vd. quiere, venga conmigo, que no le pesará. Sea por amor de Dios, le dije, yo iré con su merced á recibir su bendita caridad, pero es menester que tenga

tantita paciencia, porque yo no miro, y necesito de ir junto á su buena persona.

Esto es lo de menos, dijo el caballero, y que desee socorrerlo, hermano, nada perderé en servirle de lazarrillo. Venga vd.

Tomóme de una mano y me llevó á su casa. Luego que llegamos me metió á su gabinete y me sentó frente de él en la mesa donde habia bastante luz.

¡Qué corrido no me quedé al advertir que el tal sugeto era puntualmente el mismo que me habia dado tantos consejos en el meson y me habia guardado mi dinero! Pero como era ciego por entonces disimulé, y el sugeto dicho me habló de esta manera.

Amigo, yo me alegro de que vd. no me conozca por la vista, aunque siento mucho su fatal ceguera que lo ha conducido al estado infeliz de pedir limosna, pudiendo estar en la situacion de darla. No crea que lo pretendo reprender. Voy á socorrerlo, pero tambien á aconsejarle. Si vd. no está muy ciego, bien me conocerá como yo lo conozco, y se acordará que soy el mismo que fui su depositario en el meson. Si, es fuerza que se acuerde, pues no ha pasado tanto tiempo; y si yo conocí á vd. casi sin luz, en semejante desfigurado traje y únicamente por la voz, vd. cómo no me ha de conocer mirándome muy bien, á favor de esta hermosa llama que nos alumbró, en mi antiguo traje, oyendo el eco de mi voz y recordando las señas que le doy?

Ni me crea vd. tan cándido que presuma que verdaderamente está vd. ciego de los ojos del

cuerpo, por mas que esos andrajos me indiquen la ceguera de su espíritu.

Bien conozco que la situacion de vd. será tan infeliz que lo habrá obligado á abrazar esta carrera tan indecente por no meterse á robar; pero, amigo, sepa vd. que no es otra cosa que un holgazán impune, una sanguijuela del estado y tolerado ladrón, pero ladrón muy vil y muy digno del mas severo castigo, porque es un ladrón de legítimos pobres. Si señor, vd. y sus infames compañeros no hacen mas que defraudar el socorro á los realmente necesitados. Vdes. tienen la culpa de que yo y otros como yo, jamas demos medio real á un mendigo: porque estamos satisfechos de que los mas que piden limosna, pueden trabajar y ser útiles; y si no lo hacen, es porque han hallado un asilo seguro en la piedad mal entendida de los fieles, que piensan que la caridad consiste en dar indiscretamente.

No, señor: la caridad debe ser bien ordenada: debe darse limosna, pero sabe-se antes á quién, cómo, cuándo para qué, dónde y en qué se distribuye por los que la reciben: no todos los que piden necesitan pedir: no todos los que dicen que están en la última miseria, lo están en efecto, ni á todos los que se les da la mano la merecen.

Muchas veces se hace un perjuicio al mismo tiempo que se piensa beneficiar, y lo peor es que este perjuicio es trascendental al estado, pues se mantienen ociosos y viciosos con lo mismo que se podian mantener los verdaderos pobres, que son los legítimos acreedores á los socorros públicos.

Ni me crea vd. sobre mi palabra. Oiga algo de lo mucho que han dicho sobre esto hombres sabios y profundos en la mejor política.

Un autor [1] dice: «La mendicidad habitual aleja la vergüenza y hace al hombre enemigo de la industria. . . . El verdadero pobre es e imposible de trabajar. Consentir que el hábil pida limosna, es quitar á aquel y al cuerpo nacional el producto de su aplicación. Si dirige mal la limosna, á favor del mendigo voluntario, degenera la caridad, reina de las virtudes, en protectora de los vicios: hallar muchos en ella la comida segura, es uno de los mayores esorbos de la aplicación. La falta de ocupación en las gentes causa vicios, estragos y ruinas contra la misma inclinación de los mas que se corrompen» (como me parece que ha sucedido á vd.) «Sin estudios ó ejercicios se entorpecen los hombres y los entendimientos. La potestad política mas respetable en proporciones degra dará su mérito al extremo de bárbara, no cultivando sus talentos.»

El Sr. Don Melchor Rafael de Meeaz, en su representación hecha al rey Don Felipe V expresando los notorios males que causan á la depoblación . . . y otros daños sumamente atendibles y dignos de reparo, con las advertencias generales para su universal remedio, hablando de los mendigos dice: «No se permitan pordioseros, porque á veces los que de día parecen baldados, de noche están aptos para robar. Además que

1 El Lic. D. Francisco Peñaranda, en su *Resolución universal sobre el sistema económico y político más conveniente á España.*

«en ninguna Corte culta se permiten.» Poco antes dice: «Si les va bien pidiendo limosna, no trabajan; se entregan gustosos al abandono, y . . . se convierten en viciosos» (1).

Mas estas advertencias, aunque sean muy juiciosas no pueden serlo mas que las que tenemos con mucha anticipación en las sagradas letras. Al primer hombre maldijo Dios diciéndole que comiera con el sudor de su rostro. Despues dijo, que el jornalero es digno de su jornal; y en otra parte, que al buey que arara (esta es la ley que observaban los israelitas) que al buey que arara ó trillara no se le atara la boca; dándonos á entender que el que trabaja debe comer de su trabajo, así como el que sirve al altar, debe comer del altar.

Por último, el apóstol San Pablo siendo acreedor á los caritativos socorros de los fieles, no quiso molestarlos, sino que trabajaba con sus manos para ganar la vida (1), y así se los escribió á los Tesalonicenses en la Epístola 2 cap 3. «Bien sabéis, les dice, que nadie tuvo que mantenerme de limosna, y que por no seros gravoso, trabajaba de dia y de noche. . . . y así el que no quiera trabajar que no coma;» «quoniam si quis non vult toprari nec manduget.»

En vista de esto, amigo, ¿cuál será la justa disculpa que tendrá ningun flojo ni flja para pretender mantenerse á costa de la piedad mal en

1 Tom 7 del Semanario Erudito á f. jas 199 y 203:

2 Hemos de advertir que San Pablo era noble y caballero Romano, y no se avergonzaba de trabajar para comer.

tendida de los fieles, defraudando de paso el socorro à los que legítimamente lo merecen?

Si vd. me dijere que aunque quieran trabajar, muchos no hallan en qué, le responderé: que pueden darse algunos casos de estos por falta de agricultura, comercio, marina, industria etc, etc. pero no son tantos como se suponen. Y si no, reparemos en la multitud de vagos que andan encontrándose en las calles, tirados en ellas mismas ebrios, arrimados á las esquinas, metidos en los trucos, pulquerías y tabernas, así hombres como mujeres: preguntemos y hallaremos que muchos de ellos tienen oficio, y otros y otras robustez y salud para servir. Dejémoslos aquí é indaguemos por la ciudad si hay artesanos que necesiten de oficiales, y casas donde falten criados y criadas, y hallando que hay muchos de unos y otros menesterosos, concluirémos que la abundancia de vagos y viciosos (en cuyo número entran los falsos mendigos), no tanto debe su origen á la falta de trabajo que ellos suponen, cuanto á la holgazanería con que están congeniados.

No me fuera difícil señalar los medios para extirpar la mendicidad, à lo ménos en este reino; pero este paso ya lo darán otros alguna vez. (1) A mas de que á mi no me toca dictar proyectos económicos generales, sino darle á vd. buenos consejos particulares como amigo.

En virtud de esto, si vd. se halla en disposición de ser hombre de bien, de tabajar y separarse de la vil carrera que ha abrazado, yo estoy

1 Algo se dijo sobre esto en el número 9 del 2.º tomo de *El Pensador Mexicano*.

con ganas de socorrerlo con alguna friolerilla que podrá aprovecharle tal vez con la experiencia que tiene, más que los tres mil pesos que se sacó de la lotería.

Yo avergonzado y confundido con el puñado de verdades que aquel buen hombre me acababa de estrellar en los ojos, le dije: que desde luego estaba pronto à todo y se lo aseguraba; pero que no tenía conocimientos para solicitar destino.

El caballero, que conocia mi regular letra, me ofreció interesarse con un su amigo que se acababa de despachar de subdelegado de Tixtla para que me llevase en su compañía en clase de escribiente. Agradece su favor, y él sacando de un cofre cincuenta pesos, los puso en mi mano y me dijo: tenga vd. veinticinco pesos que le doy, y veinticinco que le devuelvo, y son estos mismos que señalé delante usted pues siempre me persuadí á que sucederia lo que ha pasado, y que al fin vd. propio, mirándose acosado de la pobreza y sin arbitrio, me pedicia un socorro tarde ó temprano; pero pues este lance lo anticipó la casualidad de haberlo encontrado, tómelos vd. y cuéntame el modo con que se metió á mendigo, pues me persuado que á vd. lo sedujeron.

Yo le conté todo lo que me habia pasado al pié de la letra, sin olvidar el inf-rnal arbitrio que tenia la perversa Anita de pellizcar á su inocente hijito para hacerlo llorar y conmovier á los incautos, contándoles como lloraba de hambre.

Pateaba el caballero de cólera al oír esta inhumanidad, y no pudo ménos que rogarme lo acom-

pasara á enseñarle la casa, jurándome ocultar no sólo mi persona sino mi nombre.

No me pude excusar á sus ruegos, pues por más que me daban lástima mis compañeros, los cincuenta pesos me estimulaban imperiosamente á condescender con los ruegos de mi generoso bienhechor, y así vistiéndome otros desechos y capotillo viejo que él me dió, salimos de la casa y fuimos derechos á la de un alcalde de corte, que informado de todos los pormenores del asunto, le facilitó á mi protector un escribano y doce ministriles, con los que sin perder tiempo nos dirigimos á la triste choza de los falsos mendigos.

Yo me quedé oculto entre los aguaciles, y estos cayeron á toda la cuadrilla con la masa en las manos. Los amarraron y los llevaron á la cárcel juntamente con los parches, sceit-s, muletas y tompiates, pues decia el escribano que todo aquello se llevara con los reos, pues era el cuerpo del delito.

Quedaron en la cárcel, y yo me volví á casa de mi patron con quien estuve en clase de arriado mientras el subdelegado (qu^e luego me admitió entre sus dependientes) disponia su viaje.

Breve y sumariamente se concluyó la causa de los mendigos. La Anita fué á acabar de criar á su hijo á San Lucas, y los demás á ganar el sustento al castillo de San Juan de Uruá.

Yo con los cincuenta pesos me surtí de lo que me hacia más falta, y habiéndome grangado la voluntad del subdelegado desde México, llegó el día en que partiéramos para Tixtla.

Entónces me despedí de mi bienhechor dándole muy ju tos agradecimientos, y sali con mi nuevo amo para mi destino, donde hice los progresos que leereis en el capítulo siguiente.